

# Las tentaciones de Roca Sastre:

## Divagaciones en torno a su centenario

*Plácido Prada Álvarez-Buylla*

**T**endría razón José María Pi Suñer y habría que olvidar un poco la cuarta marital y recordar más quinta de Beethoven? Un Roca Sastre, de mediana edad y dubitativo, levantó su mirada de una mesa de trabajo en la que se apilaban innumerables libros abiertos y en cuyo centro unos folios, en parte escritos, se extendían desordenados llenos de una letra estilizada que recogía la fluidez de su ágil y rápido pensamiento.

Por la ventana entraban ya las primeras luces del amanecer, un amanecer claro, pero aún frío e indeciso. Durante toda la noche Don Ramón había estado concentrado en su trabajo, sin darse cuenta del paso inexorable del tiempo y era ahora, cuando el cansancio le rendía tras toda una noche de vigilia y de estudio, cuando su pensamiento recordaba las palabras de su amigo José María Pi Suñer.

Era el momento de la duda. Todos los Roca que había dejado de ser, para ser el que era, reclamaban su puesto y reivindicaban su posibilidad de existencia. ¿Dónde había quedado aquel niño que pintaba los cabezudos para las procesiones del Corpus de Guisona? ¿Dónde aquel otro que dejaba la realidad para perderse en los ensueños y las notas del piano?

Plácido Satorras, aquel registrador que le había inclinado hacia el derecho hipotecario aparecía también, como un ángel bueno, en la lejana niebla deformada del recuerdo, repitiéndole las razones por las que estaba llamado a dedicar toda su vida al Derecho.

—El derecho hipotecario necesita la dedicación de un hombre como Vd. —oía una vez más, casi entre sueños, la voz de Satorras. —Hágase registrador de la propiedad, estudie esta rama del derecho, trabaje, Vd. para darla a conocer entre abogados y profesores. Constitúyase con-

trapunto necesario a don Jerónimo González.

Le había hecho caso, sí. Le gustaba el derecho hipotecario por lo que tenía de esotérico para la mentalidad de casi todos, y le había gustado también, la metáfora musical utilizada por Satorras, metáfora que se adecuaba a su gusto por la música. Le había hecho caso, sí, y había dedicado toda su vida al estudio del derecho hipotecario, aunque sin olvidar por ello las instituciones más tradicionales de su tierra natal, su derecho catalán tan querido también. Ahora, por primera vez, pasados ya muchos años desde entonces, ahora, cuando además de registrador de la propiedad era notario, juez, magistrado del Tribunal de Casación de Cataluña, ahora, cuando lo había conseguido todo en el mundo del derecho, era cuando se presentaban ante sí las dudas y la tentación de haberse equivocado, las dudas de no haber seguido otros caminos que, igualmente, le habían llamado en su juventud y que hoy sentía lejos y abandonados y que le atormentaban por su olvido, las tentaciones de haber traicionado otras dimensiones de su personalidad. ¿Habría acertado en su elección y en su dedicación? ¿Hubiera sido más feliz de haber seguido el camino de su hijo José? La pintura le hubiera dado otras vivencias y otras satisfacciones seguramente más intensas y más plenas. Él también supo dibujar y pintar en los años de su infancia y juventud. Aún lo sabía. Él también hubiera podido haber dedicado su vida a la pintura. Hubiera podido haber llenado museos enteros con sus obras... Sin embargo, se había dedicado al derecho, a la oscura cuarta trebeliánica, a la cuarta falcidia, al tercero hipotecario, guarismos misteriosos todos ellos que apelaban a abstracciones, casi a obsesiones de su mente, pero que no agotaban su sensibilidad pluridimensional. ...¿Y la música? ¿por qué no la música? ¿Por qué no haber dedicado su tiempo a la música? ¿Qué maravilla componer, cada día, melodías que fueran interpretadas en salas de concierto!

Roca se levantó de su sillón y se acercó a un piano muy próximo a su mesa de trabajo. Era un Chaisaigne & fils, que había adquirido hacía muchos años con el importe de un premio de lotería y que siempre lo tenía junto a sí, en su despacho. Abrió su tapa oscura y con manos seguras tocó las primeras notas de la 5ª Sinfonía de Bethoven, la vieja sinfonía que tantas veces había escuchado en los conciertos del Palau y que cada vez que la oía despertaba en él nuevas y distintas emociones.

Sí, tal vez hubiera sido mejor la música, pensó mientras sus ojos perdidos en el amanecer barceloní veían la arquitectura modernista del Palau y en ella, sobre las taquillas, en grandes letras rojas, su nombre. "Esta noche concierto. Actuará el pianista Ramón María Roca Sastre. Programa: Bethoven, Chopin, Ravel y Roca Sastre". ¿Qué podría significar frente a una emoción semejante la cuarta trebeliánica, o la falcidia? ¿Le habría inducido a un trágico error irreparable Plácido Satorras? "Más 5ª de Bethoven y menos cuarta trebeliánica" El mensaje de Pi Sunyer volvía una y otra vez a su mente cansada de tanto estudio.

Pero él había elegido el derecho y el derecho también era importante, o al menos lo había sido para su vida. No era un arte ciertamente, aunque muchos lo consideraran así. No era una ciencia, aunque también se llamara así por muchos. No era tampoco una sabiduría, aunque también así hubiera sido calificado. No era nada de eso, sin duda, pero era todo eso también. Un arte, una ciencia, una sabiduría a la que podía dedicarse una vida entera, porque su objeto era elaborar soluciones para resolver

### *El Derecho era un arte, una ciencia, una sabiduría porque su objeto era elaborar soluciones para resolver problemas*

---

problemas acuciantes y humanos, soluciones que exigían ciencia, sabiduría y arte. Y así lo había vivido él durante toda su existencia, como una profesión, sí, pero también, como un sacerdocio que no admitía descanso, ni pausa. Como un continuo perfeccionamiento que satisfacía su concepción de la vida como servicio a los demás. El derecho había sido para él, su religión, su mística, su camino para adecuar vida y vocación. El mundo desaparecía, el tiempo perdía su valor, el sufrimiento se extinguía desde el instante que su pensamiento se encerraba en una cuestión jurídica.

La 5ª de Bethoven le volvía, sin embargo, a la mente, una y otra vez y, junto a ella, las palabras del Darwin viejo, cuando se lamentaba que el estudio de las ciencias naturales y sus teorías en torno al origen de las especies le había embotado la sensibilidad para gozar, como había hecho de joven, de las tragedias de Shakespeare. ¿Sería él también, un hombre embrutecido por el derecho? ¿Habría perdido, él también, su antigua aptitud para el arte por su elección preferente por el derecho?

Él ahora ya no era un artista. Había perdido su oportunidad, y el tiempo no le concedería otra. Pero aun así, aun así, seguía gozando de la música y la pintura. Aún se estremecía con la 5ª Sinfonía de Bethoven, aún se estremecía con los nocturnos de Chopin. Aún gozaba con los cuadros de Van Gogh y los impresionistas catalanes. Aún se conmovía con los paisajes de su hijo José. No todo estaba perdido. Era un dilema falso, una oposición artificial aquella en la que habían tratado de encerrarlo su buen amigo Pi Sunyer y el mismo Darwin. No se trataba de tener que elegir entre la cuarta trebeliánica y la 5ª de Bethoven. Las dos podían ser elegidas y las dos podían compartir el entusiasmo de su espíritu y un lugar en su corazón. Miró el cielo barceloní, una vez más. La aurora de rosados dedos, como había escrito Homero, tendía sus manos sobre él, dejando una caricia suave de ternura y un frágil matiz rojizo de esperanza.

Si hemos de hacer balance, pensó, hemos de hacerlo nosotros mismos, mirando a nuestro interior, observando nuestro activo y nuestro pasivo. Lo que hemos llegado a ser y lo que hemos tenido que sacrificar para serlo. Ciertamente que nuestra obra está ahí fuera, expuesta al juicio de los demás, pero para nosotros el único balance verdadero sólo nace de nuestro propio corazón. Es él quien nos dice si estamos conformes con nuestra vida, si hemos acertado en nuestra elección, si hemos sido lo suficientemente clarividentes para adecuar nuestros actos a lo que él nos ha pedido.

Roca, pensativo, perdido en los ensueños, dirigió su vista hacia el interior de su despacho. Sus seis ediciones del *Derecho Hipotecario*, sus *Estudios de Derecho Sucesorio*, sus innumerables artículos en todas las revistas jurídicas, sus infinitas conferencias, sus muchísimos dictámenes, sus múltiples lecciones magistrales, se hicieron presentes en su biblioteca y reclamaron su atención. Miró, entonces, hacia ellos y, por primera vez, los vio con claridad. No formuló juicio, ni dijo palabra alguna, pero en sus labios se dibujó una sonrisa.

Sí, por encima de todas sus dudas y tentaciones, su corazón le decía que la armonía entre obra, vocación y vida era su obra maestra. La obra maestra de un verdadero artista ●